

APROXIMACIONES A LA BISEXUALIDAD

El poema de 21 de *La mujer y Yo* toca la cuestión de la bisexualidad, a propósito de las relaciones de pareja entre un hombre y una mujer. Una sexuación, hombre mujer, que por ser doble caracteriza y da origen a todo ser humano. Un ser humano que al haber nacido de padre y madre se hace, por ello mismo, mortal.

El poema comienza diciendo que cuando los dos estaban con gente, ella hacía de cuenta que se llevaban bien, sugiriendo vagamente que en otras circunstancias las cosas podrían ser diferentes. Sin embargo, cuando parece que el hombre del poema nos va a contar la verdadera realidad de sus relaciones de pareja, comienza a hablarnos de sus relaciones sociales, señalándonos que no hay relaciones de pareja sin que intervengan en ella todas mis relaciones sociales.

Así, pues, el hombre del poema dice que cuando alguna mujer hablaba de él, “ella, condescendiente, aprobaba y sonreía”, del mismo modo que cuando un hombre le besaba en la boca ella se acercaba con picardía a sus amigas para decirles “Vieron es un hombre completo, un verdadero artista moderno”, mientras éstas reían a carcajadas.

Hombre y mujer es la primera distinción que hacemos cuando nos acercamos a otro. Sin embargo, la biología nos dice que esta distinción no puede llevarse a cabo de manera clara y definitiva en la anatomía humana. Tanto lo masculino como lo femenino integran rasgos anatómicos del otro sexo, que hacen referencia a una bisexualidad originaria, en la que los sexos no estarían diferenciados. Desdibujados los límites entre ambos sexos, la biología es incapaz de explicar empero lo que hace la masculinidad y lo que hace la feminidad.

Aunque la distinción hombre-mujer también la realizamos a nivel anímico, en determinadas condiciones psicológicas se suele atribuir al hombre cierta cuota de

feminidad, así como a la mujer se le acostumbra a asignar un porcentaje de masculinidad. Sin embargo, pronto nos damos cuenta que esta distinción no es de orden psicológico, pues tampoco la psicología puede explicar lo que hace la masculinidad y la feminidad. Ella, la psicología, no añade ningún nuevo contenido a los conceptos de masculino y femenino. Más bien, parece que se trata de una mera convención, en la que se hace una concesión a la biología.

Así, convencionalmente, cuando se dice “masculino” generalmente se quiere decir “activo”, mientras que cuando se dice “femenino” se quiere decir “pasivo”. Esta distinción, masculino-activo/femenino-pasivo, parece estar justificada por algunas confirmaciones biológicas y psicológicas, pero en realidad hay muchas evidencias del mismo tipo que la rechazan. Basta con pensar que a veces es necesaria una gran actividad para conseguir un fin pasivo. “Hasta en los dominios de la vida sexual humana –sostiene Freud– observamos en seguida cuán insuficiente es hacer coincidir la conducta masculina con la actividad, y la femenina, con la pasividad” (“La feminidad”, 1932).

La psicología tampoco puede resolver el enigma de la feminidad, afirma Freud, porque antes es necesario averiguar cómo surge, de la bisexualidad original, la diferenciación en dos sexos. Nada se sabe de esta diferenciación, a pesar de ser una característica tan evidente de los animales mortales, que permite distinguirlos con tanta precisión de la naturaleza inanimada.

La mujer, en el poema 21, parece tener una dimensión intimidatoria sobre el hombre, como si ella tuviera las claves de un saber o de un goce que, de alguna manera, constituyen un enigma. Y es que la mujer, ese *continente oscuro* como la denominó Freud, es un enigma tanto para el hombre y como para la mujer (“La feminidad”, 1932).

“Parte de aquello que los hombres llamamos ‘el enigma de la mujer’, sostiene Freud, se deriva de la manifestación de la bisexualidad en la vida femenina”.

El psicoanálisis no puede explicar la esencia de aquello que en sentido convencional o biológico se suele llamar masculino y femenino (“Sobre psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, 1920). Al psicoanálisis no le corresponde, por tanto, decir lo que es la mujer, sino investigar cómo de la disposición bisexual infantil surgen lo femenino (“La feminidad”, 1932).

Freud nos dirá que masculino y femenino son dos conceptos teóricos de contenido incierto y que, si bien reconocemos tanto en el hombre como en la mujer rasgos masculinos y femeninos, es decir, una bisexualidad constitutiva, ello no conlleva aceptar la equivalencia absoluta de los sexos, negando toda diferencia. La distinción es fundamental, porque sólo cuando hay hombre-mujer hay mortalidad, es decir, hay humanidad.

Ya en sus “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905), Freud había planteado la cuestión de la temprana disposición bisexual infantil y su importancia para comprender la sexualidad del sujeto.

De acuerdo con Freud hasta la pubertad no aparece en el sujeto una definida distinción entre lo masculino y lo femenino. Las fases primeras de la evolución de la libido resultan comunes tanto para el niño como para la niña, y la vagina, lo propiamente femenino, es tan desconocida para el uno como para la otra. Se podría decir que las diferencias entre los sexos están muy por debajo de sus coincidencias.

La sexualidad humana se desarrolla en dos periodos separados por una fase de latencia. Durante el primer periodo, de sexualidad infantil, la sexuación del sujeto se sostiene sobre los significantes ‘padre’, ‘madre’. Durante el segundo, metamorfosis de la pubertad, se sostiene sobre los significantes ‘fálico’, ‘castrado’. Si el sujeto no

alcanza una sexuación estructurada en los significantes: padre, madre, hombre, mujer, su destino se jugará en la perversión o en los laberintos de las distintas neurosis. Si forcluye el significante padre, la psicosis reclamará para ella su discurso.

Que el sujeto forcluye el significante padre se verá cuando no pueda tomar la posición masculina sin masculinizarse, como si el falo no fuera una función y se pudiera tener. La represión o renegación del significante padre se podrá ver cuando el sujeto no pueda tomar la posición femenina, sin feminizarse (A. Díez, “¿Qué es la sexualidad?”).

Ahora bien, aunque la mujer del poema tolera la sexualidad del hombre, éste parece no llevar muy bien el goce que lo femenino genera en él, pues cuando ella ríe con sus amigas pensando que se trata de “un hombre completo, un verdadero artista moderno”, a él se le ocurre que su mujer y sus amigas lo están condimentando para comérselo, es decir, para castrarlo.

El sujeto niega que le dé miedo la risa de la mujer, pero reconoce que lo inquieta, porque cuando ella ríe se tambalea uno de sus grandes prejuicios: “que las mujeres lloran, se quejan, reivindicán / todo el tiempo o casi todo el tiempo”, como si el mundo les debiera algo. Siempre insatisfecha, parece que su risa rompe el sortilegio al que se haya sometida. Como dice el poema: “Cuando una mujer comienza a reír es porque el amor rompió en su crecimiento la celda oscura de su corazón y llegó, encendido, al centro de su cuerpo.”

Cuando lo femenino del sujeto goza, es porque algo en él se somete y se deja gobernar por las leyes de la creación y del trabajo. Algo que trasciende al propio sujeto se produce entonces, sin que él mismo intervenga apenas y sin que pueda comprender los alcances que lo producido pueda llegar a tener. En esa posición miles de manos y de voces femeninas atraviesan todos los verbos del sujeto. Escribir, amar, trabajar son

verbos que pueden ser conjugados porque el sujeto tiene una ley, porque hace de cuenta, cuando está trabajando, que se lleva bien con su mujer.

Sin embargo, también esto supone un duro golpe para el narcisismo del hombre: reconocer que no es el amo de su propia casa. Una caída, un golpe que le anuncia lo que nunca será: “una mujer riendo junto a otras mujeres, / planeando divertirse con el cuerpo del hombre”. Nunca podrá ser el verdadero autor, ni apropiarse completamente de lo producido, del cuerpo del hombre, un cuerpo hecho de palabras, carne mortalmente atravesada por el lenguaje.

Freud afirma que si quisiéramos dotar de mayor contenido a los conceptos de “masculino” y “femenino”, tendríamos que decir que la libido –esa magnitud cuantitativa variable no mensurable–, es de naturaleza masculina, aunque aparezca en el hombre o en la mujer y con independencia de que su objeto sea masculino o femenino. Todo lo que el sujeto realiza –trabajar, amar, escribir, desear, es decir, todos los verbos conjugados–, lo lleva a cabo con la libido. Como sujeto del lenguaje, como habitante del lenguaje, la sexualidad del sujeto está definida entre significantes. Es en esta “constante comunidad”, sostiene Freud, de lo activo con lo pasivo en la vida anímica, que “se refleja la bisexualidad de los sujetos” (“Múltiple interés del psicoanálisis”, 1913).

Aunque tradicionalmente el hombre ha podido acceder, con más facilidad que la mujer, a la creación, la escritura, sea de la índole que sea, científica o artística, sólo se alcanza en posición femenina. Plegarse a su lado femenino en una relación simbólica, someterse al orden del lenguaje y sus operaciones no transforman al hombre en mujer, ni termina por ello con el enigma. Menassa nos dice que la mujer “no escribe casi por los por los mismos motivos por los cuales a veces no habla”. Estos motivos son los mismos por los cuales la poesía no explica: “Ella siente que si habla y escribe, es como un chiste explicado, se acabó el enigma”. Y si el enigma se termina, que es con lo que la

mujer consiguió todo, se vería obligada a hacer la revolución, porque sin enigma lo que aparece claramente es el sometimiento que padece la mujer desde hace siglos (*Freud y Lacan - hablados 1*, p. 225).

La libido, puesta al servicio de la función masculina y de la función femenina, ha sufrido en la mujer una mayor coerción que en el hombre (“La feminidad”, 1932). Gracias al psicoanálisis, que fue el primer ámbito en el que se le pidió que hablara, “la mujer fue desplazada desde la quietud prometedora de la envidia al pene a la diferencia radical de su goce que hace de ella, hoy día, la única posibilidad de subversión de los actuales modelos ideológicos” (*Freud y Lacan – hablados 2*, p. 77).

Como la poesía, la mujer se transforma así en instrumento de conocimiento. Una manera diferente de leer la realidad que nos permita, a hombres y mujeres, un grado de libertad.

Al darse cuenta de que algo le está pasando a su hombre, la mujer del poema deja de reír para preguntarle si le ocurre algo, si se siente bien. Él, con ternura, le responde que no le pasa nada, que se estaba preguntando acerca del movimiento de sus tetas, como si todas las cuestiones que se la han presentado las viera en el cuerpo de la mujer. Se pregunta, dice, si su movimiento tiene que ver con alguna frase, alguna palabra, o es simplemente una recomendación, mientras se habla, de no olvidar el cuerpo. “Tú siempre queriendo sacar enseñanzas de la nada”, le dice coqueta, mientras se abraza a sus amigas y, entre todas, ríen.

Ruy Henríquez

Psicoanalista

Escuela de Psicoanálisis Grupo Cero, 2005